

Una vez atrapado y sujeto en la mesa se efectuaba el degüello y empezaba a declinar la emoción con los últimos ronquidos del organismo exangüe. Todo había terminado.

Al levantar las cabezas alboreaba el día con la densa niebla de los días de la Pacua o la fuerte escarcha que tenía el corral como nevado convirtiéndose en hielo el agua que corría por entre los cantos.

Había acabado el espectáculo y entraba en funciones, silenciosa y dispuesta, la reina del hogar que, como Dios, tenía que proveer a las necesidades de la casa durante todo el año, guardando cuando había, reponiendo cuando se podía, conservando siempre y no derrochando jamás.

Las mujeres aquellas —¡que mujeres!— decían que la matanza era el arreglo de la casa y lo decían porque el tenerla abastecida era su fin, sin pensar siquiera en el trabajo que les suponía estar todo el año detrás del gorrino, que no se compraba fácilmente ni se le engordaba tampoco.

Ahora se detestan esas costumbres que eran recurso extraordinario para satisfacer las necesidades familiares. Las mujeres repudian las obligaciones domésticas y como se han subido las sayas tanto, si hicieran lo que sus abuelas se mancharían todo, por eso se han puesto los pantalones, aunque hasta ahora no les sirvan más que para caminar con poco aire

San Martín, que es el día que le llega a todo cochino, puede que haya desaparecido como otros santos patronos, pero es que si no, habrá dejado de ser recordado como fecha la más propia para pasar los cerdos a la despensa y las gentes se divertirán mucho, pero no podrán decir que comen igual ni de lo mismo que antes.

S u c e d i d o

Estando de maestro en la Alameda un chico de Paco el de la botica fue su hermano a visitarle.

Estos chicos han salido muy a la casta de su padre y no andan mal de pachorra y en la Alameda no se ha perdido tampoco la buena costumbre de hacer participes a los maestros de los acontecimientos familiares, que para eso bregan con las criaturas y ese día le llevaron un presente y convidó a su hermano a cenar para que lo probara, pero Paco, con aquella santa calma, preguntó si estaría analizado y Adolfo, con idéntica cachaza, le dijo:

—No sé, pero tú come, que aquí la costumbre es traérselo al maestro y si no se muere es que está bueno.

— Esto lo oyó Ariel, que tampoco niega la pinta, y sale a todos los amenes.